

Tríptico de guerra

El horror de una agresión en el corazón de Europa en pleno siglo XXI

Gustau Muñoz
Gustau.Muñoz@uv.es

La agresión –la invasión a sangre y fuego– de Rusia contra Ucrania a partir del 14 de febrero de 2022 ha producido un escalofrío generalizado: ¿cómo y por qué, con qué consecuencias, a partir de qué premisas, con qué objetivos? ¿Cómo puede suceder una cosa así? La brutalidad de una guerra que recuerda los peores episodios del siglo XX en Europa, con la secuela terrible de destrucción de vidas humanas, demolición de viviendas e infraestructuras, caravanas de refugiados que huían con lo puesto, dolor y muerte, tiene algo de anacrónico y onírico, cruel e inverosímil. Pero es la pura realidad, conocida a través de las imágenes, de los informadores y de mil testimonios de personas afectadas. La Unión Europea se encuentra en una encrucijada. Los países democráticos en general también. La agresión de Rusia replantea todos los equilibrios posteriores al final de la Guerra Fría. La historia ha vuelto.

LA BARBARIE DE LA GUERRA

En agosto de 1936 Francia e Inglaterra promovieron el Pacto de No Intervención en la Guerra Civil española, que hacía estragos desde julio de ese mismo año. A este pacto, que pretendía circunscribir y limitar el conflicto, que se agotaría en sí mismo si no había intervención exterior, se adhirieron 14 Estados. Pero como es bien sabido aquello fue una farsa, un escarnio. Italia y Alemania lo suscribieron, pero participaron de lleno en la guerra, con armas, tropas, material y apoyo de todo tipo en favor de Franco. El Portugal del dictador Salazar, aliado de siempre de Gran Bretaña, por su parte, cosa que no siempre se tiene en cuenta, dio un apoyo logístico importante y muy útil a los desleales sublevados. Estados Unidos y el Reino Unido suministraron en todo momento al bando fascista el combustible y la cobertura financiera imprescindibles para llevar a cabo la guerra. Por la otra parte, solo aportó una ayuda sustancial a la República la Unión Soviética, que se la cobró –y nunca mejor dicho– a precio de oro. Ángel Viñas ha explicado

en detalle tanto una cosa como la otra. No se puede infravalorar esta ayuda de la URSS, que fue fundamental, con las Brigadas Internacionales y la épica consiguiente, más relevante aún si se tiene en cuenta –aspecto que a veces se olvida– que cuando estalló la Guerra Civil, en julio de 1936, la República Española y la Unión Soviética no mantenían relaciones diplomáticas.

La República era muy ingenua. No tenía política exterior. Hacía seguidismo de Francia, se fiaba de las democracias, que en los años treinta del siglo XX no eran de fiar... Muy pronto traicionarían a Checoslovaquia, en 1938. En Inglaterra no había ningunas ganas de volver a un escenario bélico después de la tremenda sangría de la Primera Guerra Mundial. Predominaba el «pacifismo», tanto en ambientes populares como en los más elitistas –por ejemplo, el Grupo de Bloomsbury– sin contar la tentación pro-alemana de una parte, bien que minoritaria, de las clases dominantes. En Francia el equilibrio derecha-izquierda era inestable, la izquierda era pacifista y la derecha profascista, como se comprobaría rápidamente con la amplia adaptación al régimen colaboracionista de Vichy encabezado por el mariscal Pétain. Ayudar a una República en la que estaba en marcha una revolución anarquista o comunista (según opiniones) era, al parecer, pedir demasiado. Predominaron las dudas y también las imposturas oportunistas. Los que nunca dudaron y siempre supieron a qué jugaban fueron Hitler y Mussolini. En septiembre de 1939, con la invasión alemana de Polonia, el vaso de desbordó y las democracias se plantaron. Demasiado tarde para la República Española, derrotada unos meses antes.

En el contexto de la Guerra Civil española, en junio de 1937 una revista inglesa (*Left Review*), a iniciativa de Nancy Cunard, planteó a un amplio elenco de escritores una pregunta directa: «¿Está usted a favor o en contra del gobierno legal y del pueblo de la España republicana? ¿Está a favor o en contra de Franco y el fascismo?». Hubo respuestas de todo tipo, mayoritariamente favorables a la República. La intelectualidad, en aquel tiempo, era en general antifascista. Las respuestas se recogieron en un libro: *Authors Take Sides on the Spanish Civil War*, que se publicó en otoño de 1937.

Me sorprende la respuesta contenida (y diría que miserable) de un gran poeta, T. S. Eliot: «Aunque soy solidario por naturaleza, estoy convencido de que es mejor que al menos unos pocos hombres de letras se mantengan apartados y no participen en estas actividades colectivas». Ya se sabe. Ni de derechas ni de izquierdas, ergo de derechas. Y lo era, un anglicano elitista partidario de la civilización occidental cristiana, representada en aquel momento por Franco y Millán Astray, Salazar y Mussolini. A los que se sumaría el más avezado de todos ellos, Adolf Hitler, en el poder desde 1933. Así como Antonescu, Horthy, Josef Tiso, Pétain, Ante Pavelic, Quisling y tantos otros, en general gentes de orden, conservadores, nacionalistas –la nación da para mucho– y cristianos.

Las dudas y vacilaciones ante un drama colectivo como una guerra civil o una invasión tienen diversos grados de responsabilidad. Se puede alegar

desconocimiento del contexto o de los antecedentes. O bien evocar la culpa y las lacras –o los crímenes– de todas las partes, razón por la cual un espíritu elevado preferiría no mancharse las manos. Pero a la altura de 1937 estaba sobradamente claro de qué parte estaban la razón y los valores de la civilización democrática europea en España, la causa de la libertad, pese a todas las contradicciones y las barbaridades que se cometieron en la retaguardia republicana, por motivos, de otra parte, comprensibles, fruto del hundimiento de la ley por culpa del golpe militar y de la miseria y los agravios acumulados a lo largo de décadas.

A la altura de 2022, ¿qué podemos pensar ante un caso flagrante de agresión como el de la Rusia de Putin contra Ucrania? ¿Tenemos derecho a «lavarnos las manos»? ¿A marcar distancias y favorecer una suerte de «no intervención»?

En esta situación todos los esquemas anteriores quiebran, saltan por los aires. En el ADN de la izquierda, en España, figura la convicción de que Rusia (la URSS) ayudó a la España republicana más que nadie. Que después el franquismo la atacó desafortadamente, enviando tropas –la «División Azul», que vistió uniforme alemán– a partir del grito nefasto de Serrano Suñer: «¡Rusia es culpable!». Serrano Suñer... ese patriota español que no quiso salvar de los campos de concentración nazis a miles de españoles republicanos, que sufrieron y murieron en ellos. Podía haberlo hecho –se lo preguntaron los alemanes– pero no quiso.

Pasado todo aquello, en el ánimo de las generaciones posteriores ha pesado mucho la vivencia o el recuerdo de la guerra del Vietnam, el anticomunismo estentóreo de la OTAN en nombre de una supuesta democracia que apoyaba todo tipo de dictaduras si le convenía. Que estaba encantada con dictaduras que procedían del ciclo fascista (pero que ya eran más bien de tipo corporativista-católico) como la de Salazar en Portugal o la de Franco en España. Sin olvidar los tejemanejes desestabilizadores de la CIA –campeona de Occidente– en el Chile de Allende, la Cuba de Fidel Castro –que también tuvo su época– o donde fuese.

Ahora bien. Después del final de la URSS, del zarpazo terrorista del 11 de septiembre en Nueva York, de la transformación de China en un paraíso capitalista-comunista, de lo que ya sabemos de la dinastía comunista de Corea del Norte, de los desastres en los que han acabado diversas tentativas revolucionarias, de Trump y los neofascistas o nacional-populistas, de la nueva gramática del mundo –que no es en modo alguno la de los años sesenta, setenta y ochenta del siglo XX–, habrá que repensar muchas cosas y modificar esquemas.

«Cuando cambian las circunstancias, yo cambio de opinión. ¿Usted no?», dijo Keynes. Sin embargo, algunos siguen con las rutinas mentales. La OTAN, mal. Rusia –lo que sea Rusia–, muy bien. Pero no está nada claro. Rusia tiene todo el aspecto de ser una dictadura, un régimen autoritario y agresivo, como tantos ha habido a lo largo de la historia, que busca resarcirse de una humillación profunda y recuperar el terreno perdido, por el imperio zarista o por su continuación soviética.

Por mucho que se le puedan reconocer algunas razones al enojo ruso ante la dinámica expansionista absurda de la OTAN, jamás legitimaría eso una acción tan bárbara como la que contemplamos día tras día: la destrucción sistemática de un país, la agresión a sangre y fuego contra un pueblo, la sarta de maniobras de desinformación y mentiras, los bombardeos, el sufrimiento de la población civil.

Sí, no podemos evitar la suspicacia. Sorprende tanta unanimidad contra Rusia, que induce a pensar que hay algo más, que no es tan simple. Ya se aclarará. Todo se acabará sabiendo. Pero la responsabilidad histórica inmensa de haber abierto las puertas a la barbarie de la guerra en el corazón de Europa –en aquellas «tierras de sangre», como las denomina Timothy Synder, saturadas de sufrimiento histórico, que fueron escenario del Holocausto– corresponde directamente a quien en la vieja terminología comunista se habría llamado un «aventurista». A Putin, exagente del KGB, señor de la guerra y director gerente de la cooperativa de oligarcas que se hicieron con el poder en medio del naufragio de la antigua Unión Soviética. Quienes, siguiendo las tradiciones inveteradas de aquel país, han armado un poder fuerte, autoritario, político más que económico, bajo la divisa de todo para el pueblo, pero sin el pueblo. La antítesis de cualquier idea de democracia.

No hay, así pues, margen para la duda ni para la vacilación. Con la Ucrania democrática en el momento más grave de la historia reciente. A todos los efectos y con todos los medios... Los sectores de la izquierda de dentro y de fuera que dudan deberían abrir los ojos. Mirar de cara a la historia. La No Intervención (a diferencia de una intervención modulada siempre, como es lógico, por los datos de la realidad) no es opción.

Rusia deberá rehacerse, reconstruirse, después de esta experiencia. Tal vez reunirá la energía necesaria para deshacerse de la camarilla de Putin y sus apoyos. Entonces empezará realmente una nueva era democrática en aquel país tan atormentado. Ojalá fuera así. Las otras alternativas nos llevan a escenarios de horror.

FINLANDIA Y UCRANIA, LAS LECCIONES DE LA HISTORIA

Octubre de 1939. Un año después del Gran Terror –que había eliminado también un gran número de jefes militares competentes–, y sintiéndose seguro con el pacto germano-soviético, Stalin decidió que debía enfrentarse a Finlandia. Un país independiente, que había formado parte del Imperio ruso, pero que se había liberado en 1918. Stalin consideraba que Finlandia estaba demasiado cerca de la frontera soviética, a solo 30 kilómetros de Leningrado (San Petersburgo). Un gran peligro. Propuso a los representantes finlandeses desplazar la frontera unos 60 kilómetros atrás, con determinadas compensaciones territoriales en Carelia. Las negociaciones se prolongaron hasta el 9 de noviembre. Los finlandeses se resistían a aceptar las imposiciones soviéticas. A principios de diciembre la URSS comenzó el ataque y la invasión de Finlandia, que no se había sometido a sus

exigencias. Finlandia pensaba que probablemente recibiría ayuda occidental, del Reino Unido concretamente. Pero no fue el caso. Suecia, por su parte, se declaraba neutral. Y la Alemania nazi había firmado un pacto de no agresión y de cooperación con la Unión Soviética de Stalin (mantenido hasta junio de 1941), con protocolos secretos que incluían el reparto de Polonia o la derivación de los Estados bálticos al espacio de influencia soviético.

Stalin estaba convencido de que sería muy fácil doblegar a Finlandia. Pero no fue así. La URSS atacó por diversos flancos y fue repelida con eficacia por el ejército finés. David contra Goliat. El fracaso fue tan estrepitoso que Stalin, histérico, exigió castigos ejemplares que llevaron a la ejecución de jefes militares como el general Aléksei Vinogradov y a la destitución del mariscal Voroshilov. La derrota de los soviéticos en Suomussalmi contra un enemigo numéricamente inferior hizo saltar todas las alarmas. En un momento posterior se procedió a una reestructuración del mando militar soviético y cambió la táctica. Ahora el ataque, contra el criterio inicial propugnado por Stalin, se concentró en un único frente y entonces sí que consiguió romper las defensas finlandesas. La superioridad soviética se hizo evidente en febrero de 1940 y en marzo los finlandeses, realistas, negociaron un tratado de paz. La URSS impuso su criterio, con matices, en un conflicto –la «guerra de invierno»– que le costó 100.000 muertos. Todo eso –entre muchas otras cosas– se explica con detalle en un libro muy recomendable: Laurence Rees, *Hitler y Stalin* (Crítica, 2022). Que conviene leer porque aporta información de primera mano, procedente de fuentes muy diversas, y en parte inédita, sobre un período de la historia que parecía más del pasado de lo que realmente es. Acontecimientos recientes, por desgracia, nos acercan de nuevo a él.

En 2022 nos hemos encontrado con una situación que guarda ciertas similitudes con aquella. La Rusia de Putin se siente con manos libres para forzar y doblegar un país que considera de su área de influencia y con el que comparte frontera. Quiere limitar su soberanía. Controlarlo y reconducirlo. Utiliza toda la fuerza y capacidad de destrucción de que dispone para instaurar el terror, hacer huir a la población, arrasar el país y doblegar a sus dirigentes, hasta que se avengan a negociar en una posición humillante, bajo presión, como si estuvieran ante un chantaje mafioso. Qué lejos queda de todo eso el comportamiento civilizado que pensábamos –ingenuamente– que se había instaurado de manera irreversible en esta parte del mundo a la vista de las grandes catástrofes del siglo XX. Rusia está convencida de que tiene manos libres y puede hacer lo que le parezca conveniente. Ya había llevado a cabo una operación similar, hace unos años, en Georgia. Occidente y la OTAN no pueden intervenir militarmente en apoyo de Ucrania, porque Putin no deja de amenazar veladamente con el holocausto nuclear. Debemos tomar nota de ello.

Existe una línea directa entre el antiguo Imperio ruso, la lógica que guiaba a Stalin y las decisiones actuales de Vladimir Putin. La protección de las fronteras a través de la expansión, disponer de un conjunto de estados vasallos, débiles e

intervenidos, en su periferia, entre Rusia y Occidente. El menosprecio absoluto hacia la voluntad de los pueblos respectivos.

Hay que mirar retrospectivamente lo que fue el Imperio de los zares. Un imperio de tipo antiguo desde el Báltico al Pacífico que conoció una expansión constante hasta el siglo XVIII, y que incluyó en su tiempo los Estados bálticos (Letonia, Lituania, Estonia), Finlandia, Polonia, Ucrania y muchos otros países –Georgia, Azerbaiyán, Armenia, etc. – en la región del Cáucaso y en Asia central. Este tipo de grandes imperios expansivos congelan su desarrollo interno, mantienen estructuras arcaicas y, llegado el caso, pasan a ser víctimas de la historia. Normalmente caen a raíz de derrotas militares, de «desastres», en los que se pone de manifiesto su atraso interno. Llega entonces la hora de las fuerzas regeneracionistas, que se plantean hacer punto y aparte, promover un cambio radical. Es lo que sucedió en 1917 en Rusia, después de las derrotas en la Primera Guerra Mundial, con un ensayo general en 1905 tras el fracaso en la guerra con Japón.

Pero 1917 –la Revolución de Octubre– fue el punto de partida para una regeneración brutal, después de amargas batallas internas, que incluyó la industrialización acelerada y la creación de una maquinaria militar poderosa. ¿Al servicio del proletariado internacional y del socialismo? Pese al despliegue simbólico, la Internacional, las banderas rojas y todo lo demás, en absoluto. Al servicio de la restauración imperial de Rusia y sin reparar en los medios utilizados. El precio de la modernización económica y técnica de la vieja Rusia fue un despotismo implacable –un *despotismo industrializador*, en palabras de Rudolf Bahro (personaje interesante y trágico, hoy olvidado)– y el retroceso en términos de civilización –al menos, respecto de las convenciones acerca de qué era la civilización en la Europa de la época–. Las purgas, la rienda suelta a la policía política –la Cheka, el NKVD, la GPU, el KGB–, las prisiones, las torturas, el gulag y la supresión de las libertades y de cualquier rastro de democracia fueron el núcleo y el fondo de la cuestión. Y dejaron en la inanidad más absoluta la idea marxiana del socialismo como *aufhebung* de la sociedad burguesa: negación de la explotación y la alienación, sí, pero preservación de todas sus conquistas en términos de libertad y dignidad humana, una liberación omnilateral de las capacidades de todos. ¡Qué burla más cruel de la historia!

La Rusia de Putin no es, propiamente, uno de estos imperios antiguos, pero se parece bastante a ellos en determinados aspectos. Después del desconcierto y la humillación a raíz del caótico final de la URSS, cuando se comprobó por parte de todos que era inviable e insostenible, hace ya años que ha entrado en un camino de restauración. De restauración imperial, más precisamente. Necesita victorias militares. Sabe que una derrota, un desastre, podría ser letal y por eso no ha dejado de intervenir y de maniobrar en los últimos años en Georgia, Siria, Libia, el Cáucaso, Armenia, Venezuela, en la ciberguerra, en diversos escenarios. Pero como sus predecesores, también tiene pies de barro. Una economía basada fundamentalmente en la exportación de materias primas, de gas y petróleo, no es en absoluto sólida. Es difícil saber cómo se irán resolviendo las contradicciones que

ya podemos entrever y que sugieren tiempos muy agitados, o interesantes, frente a los que prevenía el viejo proverbio chino. La historia ha vuelto a entrar por la ventana, con estrépito y furia, destrozando la casa común. Hará falta mucha inteligencia política y también mucha firmeza para evitar males mayores.

LA GUERRA ACABA CON TODO

La guerra de Rusia contra Ucrania es, sobre todo, terriblemente anacrónica. Es un regreso al pasado, a lo peor del siglo XX, a la violencia indiscriminada, a la destrucción de pueblos, ciudades, edificios, hogares donde viven personas, infraestructuras de todo tipo. Es atacar y hacer sufrir a la población civil, que hace su vida como puede, en medio de las dificultades, ajena a los juegos de poder. Introduce un factor distorsionador absoluto, porque simplifica, genera sufrimiento, y desvía la atención de las cosas realmente importantes a estas alturas del siglo XXI. Que no son precisamente el dominio territorial, el control de fronteras, el sometimiento forzado de pueblos.

La guerra de Ucrania es muy anacrónica. Responde a la obsesión rusa (y posteriormente soviética) de contar con una frontera segura al oeste. Mediante Estados controlados desde Moscú que se habían de mostrar «amistosos», es decir, subordinados. El desenlace de la Segunda Guerra Mundial propició la creación de un enorme colchón de este tipo, entre Occidente y Rusia. Mucho más allá de lo que Stalin había soñado porque incluía los Estados bálticos (Lituania, Letonia, Estonia), Polonia, Alemania Oriental, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria (y en parte, durante un tiempo, Yugoslavia). La agresión fanática e inverosímil, cruel y desesperada, de la Alemania de Hitler –el peor atentado contra Europa y contra la humanidad que hemos conocido– favoreció esta situación. Los aliados occidentales (Gran Bretaña y Estados Unidos) tardaron mucho en abrir un segundo frente en Europa, que solo se materializó en 1944 con el desembarco en Normandía. Mientras tanto la URSS se desangraba desde 1941.

Las democracias europeas tenían muchas razones para hacer una reflexión profunda, con tonos fuertemente autocríticos, a propósito de una experiencia histórica nefasta. Han procedido a ella, según todos los indicios, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Y el resultado, en cierto sentido, de esa reflexión es la Unión Europea y la concertación de los países europeos en torno a los principios de paz, cooperación, democracia, libertades, derechos humanos, la renuncia a la guerra como instrumento de política exterior, la humanización general de la vida interior y de la proyección exterior de los países del viejo continente. Un modelo de éxito, sin duda. Pero que se está viendo sometido a duras pruebas. Desde hace unos años Europa ha venido sufriendo embates sucesivos: la crisis de 2008, la crisis financiera, la crisis de los refugiados, el Brexit, el auge de la extrema derecha, la pandemia y ahora la situación de Ucrania.

Después de la Segunda Guerra Mundial el contexto había cambiado radicalmente. En los años cincuenta y sesenta la descolonización avanzó a un ritmo acelerado. Europa estaba destrozada y de entrada tenía que reconstruirse en términos económicos, políticos y morales. Por eso, como es lógico, se recluyó en sí misma, en su propio espacio, e hizo un ejercicio de interiorización. Europa, debilitada, avergonzada, se centró en la reconstrucción interna. ¿Avergonzada? Claro que sí, avergonzada de Alemania, de Hitler, de Mussolini, de Franco, del Holocausto, de los diversos colaboracionismos y regímenes dictatoriales (de Portugal a Hungría o Rumanía). ¿Debilitada? Evidentemente, se autodestruyó en dos guerras mundiales.

Dio comienzo así la era de las grandes potencias, de las superpotencias nucleares, Estados Unidos y la Unión Soviética, que muy pronto se enfrentaron en la larga Guerra Fría a partir de 1948 y hasta la caída de la URSS en 1991. Todavía el Reino Unido y Francia, antiguas potencias coloniales, trataron de recuperar viejas glorias, pero eso finalizó abruptamente en Vietnam (1954), Egipto y el Canal de Suez (1956), Argelia (1962) y allí donde uno y otra no tuvieron más remedio que aceptar una independencia imparables de las colonias –como la India en 1947– y ceder la antigua influencia o hegemonía a Estados Unidos.

Ahora bien, el siglo XXI presenta otro escenario, muy diferente: el de las potencias que se consideran humilladas por la historia y buscan algún tipo de revancha. Es un escenario peligroso. Tal es, desde luego, el caso de Rusia, que de la mano de Vladimir Putin y de todo lo que representa –que no es precisamente la expresión democrática de un pueblo– querría restaurar el honor y la gloria de la vieja Rusia, un imperio que tomó otra forma, sin dejar de serlo, con la Unión Soviética. Es asimismo el caso de China, gran imperio y centro del mundo que perdió la hegemonía económica a finales del siglo XVIII, que se vio humillado políticamente –invadido, vejado– en el XIX y la primera mitad del XX y que posteriormente ensayaría diversas vías de restauración, hasta acertar con la fórmula del capitalismo comunista o el comunismo capitalista actual, que tanto rendimiento le ha dado. Pero aún querría más. Para empezar, el control del mar de China y la ocupación de Taiwán. Y eso por no hablar del mundo árabe-musulmán, con sueños inverosímiles de restauración del califato universal, la yihad contra los infieles, y el odio a la modernidad y a Occidente, si bien la galaxia islámica tiene el talón de Aquiles de la gran divergencia entre chiitas y sunitas, que no se acaba de entender en las versiones más sumarias. A esta lista habría que sumar, por si fuera poco, Turquía (que suspira por recuperar el Imperio otomano) y la India, que también tiene motivos para sentirse humillada y con ganas de revancha, como se encarga de recordar su primer ministro Najenda Mori. Pero es que también Estados Unidos entra en el cómputo. Porque una corriente fundamental del pensamiento y la política en Estados Unidos apunta a garantizar que el siglo XXI sea un nuevo «siglo americano». Es decir, a prolongar indefinidamente la hegemonía conseguida después de la Segunda Guerra Mundial, con Europa

en ruinas, el Tercer Mundo en pañales, China devastada, Japón bajo el *shock* de Hiroshima... En un contexto que, sin duda, es ya muy distinto, que se ha transformado profundamente.

En estas condiciones, el uso de la guerra para resolver diferencias entre Rusia y Ucrania es una gran desgracia, una catástrofe, que tiene como responsables – como artífices dolorosamente irresponsables– a quienes se han lanzado por este camino. Cabe entender las causas, el contexto político y mental, pero jamás justificar una acción tan criminal. Que además se blinda ante posibles represalias efectivas por parte de la comunidad internacional recordando la condición de potencia nuclear del agresor.

La guerra acaba con todo. Con el sentido de la medida y de las proporciones, con los matices, el diálogo, la convivencia. Desde el momento en que empiezan a caer bombas, a morir gente inocente, a instaurarse a pleno rendimiento la lógica binaria («conmigo o contra mí») se acaba el margen de civilización, la fina capa de civilidad que tanto había costado establecer. La responsabilidad por haber devuelto la guerra al corazón de Europa es muy grande. Y aquí habría que evocar también, para no caer en eurocentrismos, la larga y vergonzosa serie de conflictos abiertos en un arco que va que Libia al Cáucaso y Oriente Medio, con prolongaciones asiáticas y africanas, en los que chocan los grandes intereses y las ambiciones territoriales de unos y otros.

¿Cuáles son las cosas realmente importantes en el siglo XXI? No, en absoluto, las esferas de influencia o las ganancias territoriales. Eso es brutalmente anacrónico. ¿O es que estábamos muy engañados? Un poco sí, hemos pecado de ingenuidad: las continuidades prehumanas (entendiendo por humano la humanidad civilizada) son demasiado fuertes.

Lo que realmente debería ocupar y preocupar en el siglo XXI sería garantizar trabajo, alimento, educación, salud, vestido y un hogar para el conjunto de la humanidad; luchar contra la amenaza del cambio climático; defender la biosfera; reconducir el poder de unas elites que nunca tienen bastante y que generan una desigualdad abrumadora; garantizar la paz, el diálogo y el reconocimiento de todos los pueblos y culturas; resolver los conflictos por vías pacíficas; garantizar los derechos humanos –que incluyen los derechos de las mujeres– en todas partes; preservar la libertad individual protegida por leyes justas. No son grandes utopías, sino objetivos más bien limitados y factibles. Pero tal como están las cosas, conseguirlos parece más bien utópico. Y con eso está todo dicho.

EPÍLOGO

Difícil concluir un diagnóstico cuando aún hay tantas incógnitas en el aire. La guerra acabará, tal vez provisionalmente, con un acuerdo de reparto territorial (y neutralización de Ucrania) que dejará heridas abiertas. O bien se prolongará

durante años como una desgarradora guerra de desgaste. O evolucionará en un sentido hoy imprevisible hacia escenarios aún peores... Se habrá puesto de manifiesto, en todo caso, que había un objetivo declarado y explícito –una suerte de invasión anunciada– que los analistas occidentales, de la escuela realista, no se tomaron en serio, como ha señalado con ironía el politólogo Stathis Kalivas, de la Universidad de Oxford. Putin venía reiterando a quien quisiera escuchar que Ucrania forma parte de la Madre Rusia, que no existe como nación independiente y soberana y que no podía aceptar que pasara a formar parte del entramado occidental. Sus amenazas no eran vanas, ya había actuado unilateralmente y con cierto beneplácito exterior en Chechenia, en Georgia y en la propia Ucrania en 2014. Ahora, como ha señalado Kalivas («How we got Putin so wrong», *IAI News*, 1 de marzo 2022),

Cuando el presidente ruso Vladimir Putin publicó el 12 de julio de 2021 un artículo... con el llamativo título «Sobre la unidad histórica de rusos y ucranianos», poca gente hizo caso. Después de todo, la pandemia dominaba en los noticieros y Ucrania parecía irrelevante. Pero Putin estaba convencido de lo que decía. [...] Ahora sabemos lo que realmente tenía en mente.

Después de señalar que fallaron los cálculos de los *realistas*, y de advocar por una perspectiva *constructivista* para abordar estas cuestiones, aporta algunas claves de la iniciativa de Putin, que no es irracional desde su punto de vista, en función de lo que considera su papel histórico (la restauración de la Unión Soviética).

Los líderes no son irracionales, ponen la racionalidad al servicio de sus fines. Desde esta perspectiva, Putin observó que Estados Unidos estaba distraído con China, que Alemania tenía un nuevo gobierno, todavía en rodaje, y que Europa depende del gas ruso. El momento era propicio para su iniciativa, pero esta iniciativa está al servicio de objetivos de mayor alcance. Sus palabras, así pues, no habían sido cháchara vana.

El retorno de la guerra al corazón de Europa, y las medidas de represalia económica adoptadas por Estados Unidos y la Unión Europea, esbozan un escenario de Guerra Fría y replantean, en todo caso, tanto la globalización como el nuevo orden internacional dibujado a partir de 1991.

Ya nada será igual que antes. La crisis energética y finalmente económica augura malos tiempos. Pero si se reflexiona un poco, en el fondo la problemática que emerge es de mayor envergadura aún. El planeta se ha quedado pequeño –como reza el subtítulo de la reciente y fundamental obra de Ernest García (*Ecología e igualdad*)– para un modelo económico de consumo intensivo de materiales y energía. O hay concertación y racionalidad colectiva, en el sentido fuerte de *racionalidad de fines*, o el futuro será altamente problemático. La racionalidad instrumental, la adecuación de medios para conseguir determinados objetivos, se

da por descontada. Lo que está fallando estrepitosamente es la racionalidad de los fines que ha de perseguir una humanidad interconectada como nunca, para sobrevivir y eludir escenarios de catástrofe.

.....
GUSTAU MUÑOZ es escritor, traductor y editor. Codirector de la revista *L'Espill*, ha desarrollado su labor editorial, en la última etapa, en PUV. Autor de libros como *Corrents de fons* (2019), *El vertigen dels dies* (2019), *Elogi del pensament crític* (2020), *Espill d'un temps* (2021) y *El temps que vius. Elements per a una crítica del present* (2022).